

Ontología y fenomenología en el pensamiento de Saussure

Sémir Badir
Universidad de Lieja, Bélgica

Traducción de Dominique Bertolotti

La publicación de los manuscritos correspondientes a la no-obra saussuriana ha permitido volver a discutir la recepción del *Curso de lingüística general* alrededor de un punto que no ha dejado de crecer: la no-obra saussuriana comprende, sin lugar a dudas, una dimensión filosófica. Hasta el final de los años sesenta se había tratado de prolongar, de una u otra manera, dentro de la lingüística o fuera de ésta, la enseñanza decisiva pero inconclusa de un “maestro”. Desde la aparición de *Les Sources manuscrites du Cours de linguistique générale*, editado por Robert Godel en 1957, con un cuidado que se incrementa al ritmo de aparición de nuevas entregas inéditas, una segunda manera de recibir el pensamiento saussuriano encontró su camino. Godel trabajó, ante todo, en la restitución filológica de este pensamiento. Al mismo tiempo, tomó nota del fracaso del programa estructuralista y reactivó la investigación directamente desde la fuente de este programa: ya no una enseñanza o una crítica teórica para seguir, sino una reflexión para retomar y meditar.

En Francia, esta segunda vía se encuentra expresada de manera más que nítida en el libro de Simon Bouquet, cuyo título apuesta explícitamente a una hermenéutica y evita dar de entra-

da al *Curso de lingüística general* el lugar de referencia que era hasta entonces el suyo: *Introduction à la lecture de Saussure*. Dicha lectura ofrece, entre otras riquezas, una versión del estatuto epistemológico del pensamiento saussuriano mucho más estimulante que la demasiado famosa “ruptura”, ostensiblemente reconstruida *a posteriori*. En efecto, gracias a ésta, a través de un discernimiento entre las coacciones y posibilidades de apertura de este pensamiento, apareció como necesario, por una parte, reservar un espacio a la epistemología de la gramática comparada, sobre la cual Saussure nunca dejó de reflexionar, y, por otra parte, crear no sólo mediante el gesto retrospectivo del “corte epistemológico”, sino mediante un cuestionamiento de vaivén, a la vez prospectivo y contemporáneo, un espacio para una epistemología programática. La ventaja más evidente de este comienzo entre dos epistemologías es que sirve de soporte a la inteligibilidad de los textos fragmentarios de Saussure, enfocados tanto hacia el pasado de la gramática como hacia el futuro de la lingüística. Pero, sin duda, esta distribución hubiera permanecido inconsistente en relación a la amplitud de las apuestas que implica, si no hubiera sido además iluminada por un punto tangencial gracias al cual los valores epistemológicos pueden invertirse, un atisbo de presente que no es, en modo alguno, reflexivo.

A este tiempo presente en la concepción saussuriana, Bouquet lo llama *metafísico*. Y enseguida nuevas dimensiones en la no-obra saussuriana se abren. Con este término de *metafísico* se relacionan tantas connotaciones deliciosamente profundas (sobre todo fuera del círculo de los filósofos) que ante su evocación, seductoras vibraciones han sacudido las filas tanto de lingüistas como de historiadores de la lingüística. ¿Un Saussure metafísico? Solamente faltaba sugerirlo. Enseguida este asunto pareció bello y verdadero. En realidad, se trataba de apoderarse nuevamente de un tesoro robado por los filósofos: una filosofía lingüística, emparentada con una filosofía del espíritu, no necesitaba ser revelada por Maurice Merleau-Ponty o deconstruida

por Jacques Derrida. Todo lingüista es, por tradición, y muy pronto por naturaleza, un poco metafísico.

Bouquet define esta metafísica lingüística como un saber, externo al conocimiento empírico de las lenguas, relacionado con los conceptos primitivos de *lengua* y de *signo*. Sigue, tanto como trastorna, a la metafísica semiótica de Locke y de los Lumière, que perduraba, según Bouquet, hasta después de Michel Bréal, uno de los maestros franceses de Saussure. La metafísica saussuriana establece, sobre el empirismo de la gramática comparada, la teoría clásica del signo, modificando tres de sus temas principales: (i) aporta al signo una objetivación nueva que le quita su función de representación; (ii) extrae de la orientación representativa la problemática de lo arbitrario; (iii) establece una homologación de la noción de *sistema*¹ con los valores lexicológicos estudiados por los sinonimistas desde el siglo XVII.

Sin embargo, el término de metafísica no está sustentado por mención alguna en los manuscritos que Bouquet tenía entonces a su disposición. El término aparece, es cierto, en dos ocasiones, en los manuscritos de Harvard, pero con referencia a la filosofía hindú, sin vínculo posible con aquello que extrajo Bouquet. En el acervo de manuscritos encontrados recientemente, y publicados en los *Escríts de linguistique générale*,² no obstante, otras dos menciones del término *metafísico* aparecieron. Éstas se encuentran directamente vinculadas con la teoría del signo y de la lengua. Ahora bien, estas nuevas ocurrencias parecen poner en aprieto la lectura de Bouquet. De hecho, el término sólo es mostrado para desplazar a la metafísica fuera de la reflexión saussuriana:

¹ Simon Bouquet. *Introduction à la lecture de Saussure*, Paris, Payot, 1997, pp. 214-245.

² F. de Saussure, *Escríts de linguistique générale*, Paris, Gallimard (Biblioteca de filosofía), 2002. A continuación se hará referencia a este manual mencionando los números de fragmentos de donde se extrajeron las citas [Estas citas serán traducidas por nosotros en el cuerpo del texto. N. del T.].

[20b] ... (a menos tal vez de empujar los hechos hasta los límites de la metafísica [...], de lo que pretendemos hacer total abstracción).

[29b] Estamos muy alejados de querer hacer aquí metafísica.

No importa. La lectura de Bouquet es lo suficientemente estructurada, en el plano teórico por el número de argumentos, como para soportar la desaprobación que aparece en estas notas. Independientemente de la estructura en tres partes (dos epistemologías escindidas por una metafísica) propuesta por esta lectura, se reconocerá sin problemas que existe, en Saussure, consideraciones teóricas generales, que no se apoyan directamente sobre la observación de hechos lingüísticos ni tampoco sobre su análisis. No es ilícito calificar estas consideraciones como *metafísicas*. A la vuelta del siglo, la metafísica designa pues, de acuerdo con la definición proporcionada por Bouquet, un saber no empírico, una ciencia especulativa, un conocimiento de las abstracciones. En realidad, el pensamiento saussuriano parece más bien proceder como una denegación. Las consideraciones metafísicas son tan numerosas que un lingüista positivista debía remitirse, en aquellos momentos de exaltación más visibles, y en notas que eran para su propio uso, al orden de sus creencias epistemológicas.

Sin embargo, al mismo tiempo, podemos extrañarnos, en la lectura de estas notas, del aspecto masivo e impetuoso de la denegación. ¿No estaría presentando, a pesar de todo, un rechazo? Es lo que proponemos examinar. La tesis es la siguiente: en los manuscritos del nuevo acervo, titulados *De l'essence double du langage*, Saussure desarrolla algo que se emparenta con la metafísica y que, no obstante, se diferencia de ella por su relación específica con la teoría del conocimiento. Las consideraciones a las que se pretende aquí llegar ya no dependen de un *saber*, así fuera especulativo; emerge, entonces, el *ser del lenguaje*, de tal manera que, en la revelación que se hace de él, éste

se sustraer a toda clase de saber. Así, hay que preparar nuestro examen para una cierta imposibilidad de decir. En el marco de los problemas teóricos —sean estos de carácter epistemológico o metafísico— vinculados al análisis del lenguaje, se aloja irremediablemente la cuestión ontológica de la “doble esencia del lenguaje”.

1. Ontología de la lengua

Normalmente, metafísica y epistemología concuerdan tan fácilmente la una con la otra que la cuestión ontológica no aparece. Volvamos, completándolo, al párrafo del fragmento 20b:

[20b] En otros sectores, si no me equivoco, podemos hablar de diferentes objetos contemplados, si no como cosas existentes en sí mismas, por lo menos como cosas que resumen cosas o entidades positivas cualesquiera para ser formuladas de otra manera (a menos tal vez de empujar los hechos hasta los límites de la metafísica, o de la cuestión del conocimiento, de lo que pretendemos hacer total abstracción); ahora bien parece que la ciencia del lenguaje fuera colocada aparte...

De hecho, en química, podemos hablar de un conjunto de cosas existentes, desde el bronce hasta los materiales polímeros; en psicología, hablamos, por ejemplo, de alexitimia o de discalculia, como cosas que resumen entidades positivas. Y, en efecto, si llevamos lo suficientemente lejos el tema de la existencia de estas cosas o bien el tema de la reducción científica, alcanzamos un límite en el que la epistemología no puede ser garantizada sino por una metafísica, a menos de considerar, por el contrario, que la evidencia metafísica vinculada a la noción de existencia debe cuidarse de cualquier hipóstasis epistemológica. No obstante, nada de eso preocupa a Saussure. En el dominio de la lingüística, no es en sus límites que epistemología y metafísica

corren el riesgo de una colusión. En realidad, la colusión epistemológico-metafísica sería inmediata y total si imagináramos que tenemos frente a nosotros cosas por estudiar y por analizar. Ahora bien, parece que la ciencia del lenguaje fuera colocada aparte. “Saber”, en lingüística, no tiene por complemento inmediato “de las cosas existentes”, ni aun “de las entidades positivas” susceptibles de ser ofrecidas a este saber; así pues, el propósito no es buscar lo que significa, en última instancia, en los límites de la metafísica o de la teoría del conocimiento, “saber” o “cosa existente”.

Tratar de determinar en qué la lingüística tiene que situarse “aparte” no depende de la teoría del conocimiento ni tampoco de consideraciones metafísicas generales. En este aspecto, Saussure indica que no otorga a la lingüística una ambición *a priori* diferente de la que anima a los investigadores de otros dominios. Es preciso destacar que, en el pasaje citado, Saussure utiliza, de preferencia, para designar su disciplina, la expresión ciencia del lenguaje: “aparte” no podría entonces significar “aparte de las ciencias”. Para Saussure, la lingüística tiene claramente un programa científico —no volveremos sobre la demostración que dio Bouquet, por lo demás, explícita—. La lingüística debe ser situada aparte, en el cuerpo de las ciencias, en función del objeto que se asigna, considerado éste en su esencia, pues este objeto no es una cosa existente que ella podría otorgarse, ni una entidad positiva que podría alcanzar mediante una reducción generalizante.

Dos hipótesis tienen que ser tomadas en cuenta desde ahora: o bien la lingüística se resigna a no tener nada que ver, ya sea de cerca o de lejos, con una cosa existente, tal como sucede con las matemáticas; o bien, la naturaleza misma de la cosa existente a la que trata de acercarse la distingue en el seno de las disciplinas científicas.

La primera hipótesis es evocada —una única vez— por Saussure:

[21] Los *en tanto que*, los *desde el punto de vista de* dan mucho que pensar en lingüística. En otros lugares hay un límite a las diversas maneras de contemplar las cosas, dado por las mismas cosas. En lingüística nos podemos preguntar si el punto de vista desde el cual consideramos la cosa no es toda la cosa, y por consiguiente en definitiva si partimos de un solo punto de algo concreto, o bien si nunca hubo otra cosa que nuestros puntos de vista indefinidamente multiplicables.

Pero es la segunda hipótesis la que es masivamente representada en los manuscritos que forman *De l'essence double du langage*. Sin embargo, en el *Cours de linguistique générale*, la hipótesis según la cual “el punto de vista crea el objeto” ocupa un lugar privilegiado: el primero. ¿En qué medida podemos admitir que la lengua no es dada sino creada por el punto de vista? Algunos comentaristas del *Curso*, entre los cuales podemos citar a Luis Prieto, el más fino dialéctico, intentaron suavizar el sentido de esta afirmación, estimando que, por “punto de vista”, el Saussure puesto en escena por Charles Bally y Albert Sechehaye entendía el punto de vista de los sujetos hablantes, y no el del lingüista. Viendo los manuscritos, no parece que dicha interpretación sea conforme al pensamiento de Saussure. El “punto de vista” considerado por Saussure es siempre el de los gramáticos y el de los lingüistas. Consiste en tomar el lenguaje sea en su aspecto vocal, sea como manifestación de sentido, o bien como forma en evolución histórica. Tomar como inicio el punto de vista de los locutores entra, además, en directa contradicción con otra afirmación del *Curso*, a saber, que la lengua está colocada fuera de la *voluntad* de los locutores. Reducido en “punto de vista involuntario”, el punto de vista de los locutores no podría conocer positividades fuera del lenguaje, y la cuestión de lo *real* de la lengua quedaría en suspenso. Convirtiendo a los locutores en los maestros del punto de vista, y por lo tanto en los maestros del objeto de la lingüística, no resolvemos de ninguna manera, la dificultad de determinación ontológica. En

cuanto a escoger la interpretación fuerte de esta hipótesis, o sea que el lingüista construiría deliberadamente su objeto, es aquí una resolución que Saussure no está dispuesto a sostener con vehemencia sino bajo la forma de una durable y ansiosa pregunta, pues entraría en total inadecuación con el espíritu positivista que anima sus investigaciones, basadas en la encuesta y la documentación.

Veremos más adelante cómo se decide, en la segunda hipótesis ontológica, el problema del punto de vista. Pero comencemos por dar a leer algunos pasajes en los que está indicada, según esta hipótesis, la naturaleza de la cosa lingüística:

[29b]... sólo la diferencia existe.

[22b] No hay en la lengua, ni *signos*, ni *significaciones*, sino DIFERENCIAS de signos y DIFERENCIAS de significaciones; las cuales 1º existen las unas solamente por las otras (en ambos sentidos) y son entonces inseparables y solidarias; pero 2º no llegan jamás a corresponderse exactamente.

De ahí podemos inmediatamente concluir: que todo, y en ambos dominios (que por cierto no se pueden separar) es NEGATIVO en la lengua...

[28] SER. Nada es, por lo menos nada es absolutamente (en el dominio lingüístico).

Dos registros semánticos requieren ser destacados para acabar con la “cosa” lingüística. Por una parte, la lengua es abordada en su esencia, o su ser. Por otra parte, conoce una forma de existencia, es ofrecida a los fenómenos, al aparecer, al “hay”. La lengua, al mismo tiempo, *es* y *existe*; hay hechos lingüísticos que dan testimonio de la *esencia* misma del lenguaje. Así, es en su esencia que la lengua difiere de todo otro objeto. El modo de ser de la lengua es *absolutamente negativo*. *Nada es*, escribe Saussure: sintagma que, si bien, es assignable a la hipótesis constructivista, tanto mejor puede leerse como la afirmación de un

ser negativo: en el dominio lingüístico, nada es absolutamente, y sin embargo este absoluto negativo es el fundamento mismo de una existencia (es éste el sentido de la concesión que expresa “a menos”). Y el modo de aparecerse de este ser negativo, es la diferencia, o más bien *las* diferencias, pues con el aparecer se despliega el devenir en multiplicidades de la lengua. El *hecho* lingüístico es, a la vez, *absolutamente negativo*, es decir negativo en su esencia o bien en su ser de lenguaje, y constituido de *diferencias* a través de las cuales aparece sin que jamás sea posible aislarlo, tal como lo sería un hecho positivo.

2. La negatividad

Los dos órdenes de la realidad lingüística, el orden del ser y el de la existencia, no dejan de entrecruzarse e imbricarse en el texto saussuriano. En ninguna parte se los encuentra claramente separados; pero tampoco sucede que su imbricación conlleve a la colusión; el ser es siempre el ser de un existente, al mismo tiempo que el hecho de la diferencia, independientemente de las formas a las que hace existir, el hecho diferencial en su esencia, eternamente y en lo absoluto, es negativo:

[6e] Esta particularidad de la forma no consiste en nada más que en el hecho tan *absolutamente negativo* como fuera posible de la oposición o de la diferencia con otras formas...

[10] Toda clase de signo existente en el lenguaje [...] tiene un valor *meramente* por consiguiente, no positivo, sino al contrario, esencialmente, eternamente NEGATIVO.

La negatividad es la característica principal de la ontología saussuriana. Si esta característica viene primero, es porque permite a Saussure oponer el objeto de la lingüística a otros objetos de conocimiento. Cuando, en otros dominios, los objetos están dados en su positividad a los eruditos, el objeto de la lingüística,

en lo que a él se refiere, no es dado en absoluto al lingüista. No participa en la realidad positiva con la que el sujeto de conocimiento normalmente trata. Lo que no le impide aparecerse: el objeto del que se ocupa la lingüística está incluso vinculado a una forma de experiencia totalmente regular y muy difundida entre los hombres. Pero esta experiencia no es una experiencia tal que podría servir de base positiva al saber. Saussure tiene en efecto que decir, sin lograr pensarla del todo, esta anomalía para él inédita: una empiricidad no positiva constituye el objeto de la lingüística.

El objeto de la lingüística, es decir, la *lengua*. Sin embargo, en el tiempo en que dichas reflexiones son redactadas por Saussure, la lengua no constituye un concepto central de su pensamiento. No se encuentra huella de elaboración, por ejemplo, de la distinción entre lengua y habla en los manuscritos de *L'essence double du langage*. En cambio, nociones capitales que intervienen en la definición de la lengua ya están operando. En particular, las nociones de *valor* y de *signo* intervienen sin cesar para alimentar el tema general de la negatividad. Además, la oposición de la *forma* y de la *figura vocal* establece una frontera, con una precisión que le falta al *Curso*, entre el tipo negativo de las empiricidades que interesan al lingüista y un tipo positivo ordinario de empiricidades sonoras de las que se puede realizar un estudio cuantitativo y cualitativo sin tener que preocuparse por las significaciones con las que, en la lengua, forman un todo inseparable.

3. El orden doble de la lengua y sus categorías

El tema de la negatividad se enriquece con características ontológicas secundarias que, más aun que la primera, tienen consecuencias en el análisis lingüístico. La negatividad de la lengua no es una mónada ni está sometida al desorden y a lo aleatorio. No se trata de un caos homogéneo e indiferenciado. No es una mera diversidad de indeterminables. La lengua conoce, por el

contrario, un *orden complejo*. Tal como podemos leerlo en el fragmento 22b previamente citado, un orden *doble* viene a organizar esta materia “abstracta” (“la lengua... cosa abstracta que ‘es’”, escribió Saussure en el fragmento 6a). Así, lo doble no es lo dual, pues intentar una disociación en el objeto de la lingüística, es perderlo por completo. El doble resulta entonces de un solo orden complejo, y no de la asociación de dos órdenes simples.

[6c] FORMA = No una cierta entidad *positiva* de un orden cualquiera, y de un orden simple; sino la entidad, a la vez *negativa* y *compleja*...

En este sentido, la lengua no puede ser comparada con un organismo. El cuerpo orgánico es dissociable en diversas partes —corazón, pulmones, aparato digestivo— capaces de funcionar, por lo menos un cierto tiempo, de manera autónoma. Nada así pasa con la lengua, donde signos y significaciones, a pesar de estar organizados de manera distinta por el principio de sus diferencias internas, no pueden funcionar los unos sin los otros. La lengua se alinea más ciertamente sobre el modelo de la *máquina*: a una máquina, basta con quitar un engranaje, así sea la más simple de las tuercas, para que su funcionamiento se vea afectado.

[26] Todo el tiempo [la lengua] avanza y se mueve con la ayuda de la formidable máquina de sus categorías negativas...

El término de *categoría* debe llamar nuestra atención, pues es a partir de éste que va a decidirse lo que la lingüística puede conocer de su objeto. La lengua, pretende Saussure, es una máquina abstracta de categorías negativas organizadas según un orden doble. O sea que tenemos dos problemas en uno: ¿qué es una categoría negativa? y ¿por qué las entidades negativas de la lengua son categorías? Empezaremos por observar que una ca-

tegoría negativa no sería en absoluto útil si fuera sólo de naturaleza epistemológica. La categorización cognitiva es siempre positiva ya que es tributaria de la simbolización. La lingüística conexiónista, que busca hoy producir una modelización no simbólica, demuestra *a contrario* que la categoría cognitiva es siempre positiva. En la modelización sub-simbólica, en efecto, la organización de elementos no está sometida a ninguna categorización sino a una diferenciación autorreguladora y evolutiva; así, cuando buscamos construir un modelo “negativo” —es decir diferencial e interrelacional— lo hacemos precisamente renunciando a las categorías. De esta manera, aceptar un concepto de “categoría negativa”, sólo tiene sentido en el orden ontológico. Pero, ¿puede la categoría pertenecer al orden ontológico? Es lo que, antes de Saussure, ningún lingüista se atrevió a profundizar. Parece que, en otros dominios, hubo ocasión de atreverse a hacerlo. Así, según Michel Foucault, las categorías biológicas (las especies, los géneros, las clases...) basadas en criterios anatómicos y fisiológicos están consideradas como reales por Cuvier; pertenecen al orden real de la naturaleza.³ Pero es cierto que, en este caso de figura, las categorías son a la vez epistemológicas y ontológicas y deben ser positivas, pues están especificadas a partir de componentes empíricos (los órganos vitales).

En el dominio del lenguaje, la categoría es constitutiva del objeto-lengua, en su realidad misma, pero únicamente bajo la relación compleja de las diferencias. La función de la categoría negativa se encuentra así en las antípodas de la función que se le asigna ordinariamente en lógica, pero de la misma manera que en la mayoría de las teorías lingüísticas, las categorías lógicas o lingüísticas son entendidas como elementos positivos, metalógicos o metalingüísticos. En efecto, en Saussure, *catego-*

ria negativa es sinónimo de *valor*. Existe, de hecho, una ventaja evidente en privilegiar el término de *valor*, menos equívoco, más libre de empleo que el término de *categoría*. El concepto de *categoría negativa* permite sin embargo precisar, a través de lo que lo distingue de una categoría positiva, la situación del concepto de *valor* en el pensamiento saussuriano.

La especificidad de la categoría negativa es reunir diferencias, no en función de un carácter que les sería común *en un orden propio*, sino en función de una regularidad semiológica *en el seno de un orden doble*. Las diferencias que forman una categoría negativa, a pesar de que sean hechas de puras diferencias que no puede subsumir ningún rasgo positivo, *valen para* una misma cosa: una significación, si se trata de diferencias vocales; un vocablo, si se trata de diferencias semánticas. Por ejemplo, las diferencias de significaciones de *sol* no producen, en el orden semántico, más que una red de diferencias con las significaciones de *luna*, *claridad*, *alegría*, *estímulo*, etc.; estas diferencias semánticas forman, no obstante, una categoría negativa porque están todas asociadas al signo *sol* (ver fragmento 23). Y, a la inversa, “en gótico vemos por los textos que podríamos decir indistintamente: *sijau (sim)* o *siau, frijana (liberum)* o *friana*: en ninguna parte el grupo *-ij + vocal* posee un valor diferente a *-i + vocal*” (22b). Ciertamente, *-i + vocal* y *-ij + vocal* son, en el orden vocal, grupos fonéticos diferentes; estos grupos forman una categoría, ya que no sucede que tengan valores distintos. Ahora bien, la categoría lingüística formada por estos grupos no puede ser una categoría positiva, porque no es por lo que tienen en común, en el orden vocal, que se reconoce su valor, sino más bien es por su relación semiológica que los hace intervenir de manera no diferenciada en el sistema semántico del gótico.

Conocer categorías, según lo que hemos dicho, no puede ser sino conocer a partir de categorías positivas. Para el lingüista, la tarea es “de entrada” de una dificultad inédita. Por una parte, lo que tiene que conocer es del orden de la categoría

³ Ver “La situation de Cuvier dans l’histoire de la biologie” (La situación de Cuvier en la historia de la biología) *Dits et écrits*, n° 77. Paris, Gallimard (Quarto), 2001, pp. 898-934.

pero, por otra parte, las categorías ontológicas de la lengua difieren sobre un punto fundamental de las categorías cognitivas: son negativas, mientras que el lingüista sólo tiene a su disposición categorías positivas. Este hiato entre las categorías ontológicas de la lengua y las categorías cognitivas plantea el inmenso problema de las *unidades lingüísticas*. O, ¿cómo transformar lo negativo en positivo? No entraremos en los relieves accidentados de esta pregunta, que hemos tratado en otra parte (*in Saussure : la langue et sa représentation*). No obstante, citaremos de manera algo extensa el fragmento 29j, en el cual esta cuestión, normalmente tratada dentro de la epistemología de la lingüística, va a encontrar una manera poco usual de plantearse.

[29j] Esta oposición de valores que es un hecho MERAMENTE NEGATIVO se transforma en hecho positivo, porque cada signo [...] está delimitado, *a pesar de nosotros*, en su propio valor. Así, en una lengua compuesta en su totalidad por dos signos, *ba* y *la*, la totalidad de las percepciones confusas del espíritu encontrará, por el simple hecho que existe una diferencia *ba/la* y que no existe ningún otra, un carácter distintivo que le permite regularmente clasificar todo bajo el primero o bajo uno de los dos capítulos (por ejemplo la distinción de *sólido* y de *no sólido*); en este momento, la suma de su conocimiento positivo será representada por el carácter común que atribuyó a las cosas *ba* y el carácter común que atribuyó a las cosas *la*; este carácter es positivo, pero solamente buscó, en realidad, el carácter negativo que pudo permitir decidir entre *ba* y *la*; no trató de reunir y de coordinar, únicamente quiso diferenciar.

¿Existe, en lugar de un *continuum* de diferencias vocálicas, algo que es *ba* y algo que es *la*? Cuando la discretización actuante en la percepción es hipostasiada en el conjunto de los datos perceptivos, éstos pueden ser repartidos en distintos grupos. Un criterio, que no pertenece a las cosas sino solamente a la percepción que es hecha, basta entonces para identificar unidades lingüísticas *ba* y *la*, y esto independientemente aun de sus

apariciones vocales. Dos positividades perceptivas, susceptibles de ser transformadas muy pronto en positividades cognitivas, emergieron. Así procede usualmente la ciencia. Pero ¿qué sucede si la unidad *ba* de pronto significa esto y de pronto aquello, y si, de repente, suena como *ba*, y de repente como *pa*? ¿Qué sucede cuando se manifiestan, *a pesar* de la identidad perceptiva que fue asignada a *ba*, nuevas diferencias? El orden de la lengua tendrá entonces que poner en marcha sus categorías, que no lograron cubrir o fijar de una vez por todas, íntegramente las de nuestras percepciones. La unidad lingüística *ba* ya no existe, si es que tuvo alguna vez derecho a existir. Solamente la nueva diferencia entre *ba* y *pa* se hizo realidad.

4. Fenomenología del lenguaje

Aquí el pensamiento teórico no debe permitirse simplificaciones indignas de sus osadías anteriores. No debe resignarse a una repartición exclusivamente epistemológica entre la identidad sincrónica de *ba* y su evolución diacrónica; tampoco puede conformarse con una distinción analítica entre la unidad de lengua *ba* y los hechos de habla *ba* y *pa*. En el pensamiento de Saussure, en todo caso, *nunca fue así*. Las distinciones lengua / habla y sincronía / diacronía no solamente son sanas comodidades epistemológicas que el lingüista debe concederse con el fin de realizar un análisis sistemático del lenguaje, son distinciones *fundadas*, que corresponden a una distinción *real*.

¿Quién percibe el efecto? ¿Quién opera la identificación de las unidades lingüísticas? No únicamente el lingüista, sino “el espíritu”, del cual, así lo creemos, están dotados todos los seres humanos. El problema de las unidades lingüísticas resurgió, por consiguiente, en primera instancia, de un análisis fenomenológico. Por una parte, la lengua existe bajo formas de entidades negativas. Por otra parte, el espíritu humano, en general, tiende a percibir y a conocer los objetos empíricos como positividades. Así, la fenomenología del lenguaje debe también ser doble: en

relación con la lengua, las *formas* lingüísticas tienen el aspecto de diferencias puras, en constante evolución, sea con respecto al tiempo del individuo (quien funda la distinción lengua / habla), sea con respecto al tiempo de la sociedad (quien funda la distinción lengua en sincronía / lengua en diacronía); con respecto a la percepción y al espíritu cognoscente, las *figuras vocales* se pueden identificar en función de características positivas, mientras sirvan —sin que se absorban por completo, ciertamente, en esta tarea— de vectores para los valores lingüísticos. La fenomenología del lenguaje es asignada tanto al orden negativo de la ontología de la lengua como al orden positivo de la percepción y de la cognición humana. Es pues, en ella, que debemos preguntarnos, en primer lugar, lo que *puede* conocer el lingüista.

[6e] Una forma es una figura vocal que está, para la conciencia de los sujetos hablantes, *determinada*, es decir, a la vez existente y delimitada.

Esta frase es de una densidad extraordinaria. Da fe, por medio de un atajo, de la doble fenomenología del lenguaje. En primera instancia, nos extrañamos al leer que una forma es una figura vocal, mientras que Saussure no dejó de esmerarse en querer establecer su distinción. Justo después de haber escrito aquella frase, en efecto agrega, entre paréntesis, como si hubiera percibido la ruptura que impone a la coherencia del párrafo: “(dudo que podamos definir la forma con relación a la ‘figura vocal’, hay que partir del dato semiológico)”. En el plano de los conceptos teóricos, la forma lingüística dista mucho de ser confundida con la figura vocal. El modo de ser que los une en esta frase no corresponde en absoluto al predicado que, en una definición, vincula lo definido y lo definiente. Es en realidad el modo fenomenológico que se expresa aquí, tal como Saussure lo explicita después con su “es decir”: la forma y la figura vocal no constituyen sino una sola identidad *existente*, un solo fenómeno. Pero, lo que su distinción teórica pone de manifiesto, es

que este fenómeno único debe ser considerado por el lingüista como un fenómeno doble: es *a la vez* una forma, a la que el lingüista presta atención, y una figura vocal, de la que el lingüista tiene, por cierto, mucho que aprender, pero que no constituye el objeto específico de sus análisis. La forma caracteriza a la figura, le proporciona una determinación *en la experiencia perceptiva y cognitiva* (“para la conciencia de los sujetos hablantes”). Esta determinación meramente fenomenológica (y no solamente epistemológica) indica que la figura vocal está disponible para una forma que no es propia de la experiencia en la que tuvo lugar la determinación. Si la existencia se distribuye igualmente entre la forma y la figura, de tal manera que éstas sólo constituyen un único fenómeno, la determinación, en cambio, califica a la figura con relación a la forma: la figura vocal es delimitada sólo en el momento en el que es tomada en cuenta como forma lingüística. Pero podríamos haber dicho precisamente lo contrario y revertir el espacio fenomenológico que distribuye aquí el interior y el exterior. Louis Hjelmslev, que asumió esta posición, hubiera dicho que es la figura vocal, venida desde afuera, la que determina por su substancia sonora una forma puramente negativa y vacía en sí de toda determinación. A la inversa, en la versión saussuriana, es la forma lingüística, externa a la conciencia, la que aporta en su principio semiológico una identidad que ni los sonidos ni el sentido pueden asignar a la figura vocal. En todo caso, Saussure percibió la ambivalencia de este análisis fenomenológico, pues decreta en varias ocasiones que hay ahí dentro un “círculo vicioso fundamental”.

Así, en esta sola frase del fragmento 6e tenemos resumida la complejidad de la fenomenología del lenguaje. La fenomenología del lenguaje es doble, dependiente tanto de las negatividades lingüísticas como de las positividades sonoras. A través de la forma, el lenguaje descubre una realidad cuya estructura es ajena a los criterios, primero fenomenológicos y luego epistemológicos, de identidad y de delimitación. A través de la figura

vocal, el lenguaje no pertenece menos al orden de las positividades perceptibles y cognoscibles; se trata más bien de la estructura de la lengua que es determinante. Como el lingüista no hizo más que actuar como cualquier sujeto hablante, no percibe, y por consiguiente no conoce, sino entidades positivas. El lingüista sólo puede conocer la lengua a través de las figuras vocales. Sin embargo, se distingue de los otros sujetos hablantes al aplicar al estudio de las figuras vocales un *punto de vista* determinado. Este *punto de vista* no modifica en nada los fenómenos del lenguaje; simplemente, los clasifica. Adoptar un punto de vista sobre el lenguaje, no es otra cosa que clasificar y descomponer sus fenómenos. Así pues, la cuestión del punto de vista en lingüística está vinculada con la modalización metalingüística y da muestras, a partir de ahí, de un examen epistemológico.

5. El inconsciente del lenguaje

La fenomenología del lenguaje requiere ser más meticulosamente articulada con la ontología de la lengua. El ser del lenguaje, así lo reconocemos, reside en la lengua. Pero la lengua es incapaz de aparecer simplemente como tal, pues sólo está constituida por diferencias categoriales. Tiene existencia, para la conciencia de los sujetos hablantes sólo a través de las entidades positivas: las figuras vocales. En cuanto a ellas, las figuras vocales sólo son objetos sonoros, sin significación, identidad o delimitación. Para ser provistas de estos caracteres, necesitan que se manifiesten las formas lingüísticas. Estas aparecen, entonces, también. Las formas juegan como las interfaces entre la negatividad ontológica de los valores y el análisis fenomenológico de las positividades. Son capaces de determinar las figuras vocales para la conciencia de los sujetos hablantes, aun si éstas permanecen indeterminadas, no identificables, o como puras expresiones de un orden de valores negativos. Nos vemos, por lo tanto, conducidos a atribuir a las formas lingüísticas un aná-

lisis fenomenológico todavía inédito, difícilmente pensable en el final del siglo XIX: una fenomenología de alguna manera negativa en sí misma.

Estamos tentados de dar a este nivel negativo de la fenomenología del lenguaje el nombre de inconsciente. El pensamiento de Saussure no cesa de rondar en torno de este concepto, que ciertamente le hubiera parecido monstruoso. Lo construimos, sin embargo, a partir de expresiones que, de aquí y de allá, hacen que su presencia sea necesaria en el pensamiento de Saussure. En el lenguaje, existen fenómenos *internos, psíquicos*, así como fenómenos *externos, físicos* (1, 2d). Pero, una vez descartados estos últimos, todavía tenemos que distinguir, por una parte, entre las representaciones positivas que conducen a las unidades lingüísticas —es decir, a las palabras— para las cuales el *lugar* es el espíritu (29b); y, por otra parte, entre las categorías negativas que dan cuenta del *mecanismo* de la lengua (22b). Las representaciones lingüísticas son representaciones *para la conciencia* de los sujetos hablantes (6e, 10), pero es necesario también que actúe *a pesar nuestro* (29j), *fuerza de nosotros y del espíritu* (20a), desde un lugar de base *irreducible para nosotros* (6a).

No buscaremos ahondar más. Por ejemplo, el inconsciente del lenguaje no es asimilable al inconsciente del que hablan los psicoanalistas. Si pensamos, no obstante, en poder darles el mismo nombre, es porque parecen tener en común un cierto número de propiedades decisivas: tanto el uno como el otro escapan a la conciencia humana y a los saberes centrados sobre el hombre; además, tienen manifestaciones empíricas, lo que mantiene a ambos en un nivel fenomenológico; expresan un orden real e imperativo; finalmente, de manera comparable al psicoanálisis, a menudo ocurre que el análisis lingüístico tenga que detectar en las ocurrencias de figuras vocales “cortocircuitos” operados desde este orden exterior a la conciencia de los sujetos hablantes. Además, a las propiedades intrínsecas, hay que agregar una circunstancia notable: el inconsciente del lenguaje y el Incons-

ciente fueron descubiertos al mismo tiempo. Saussure es contemporáneo de Freud, no por accidente sino gracias a una cierta lógica histórica —por *episteme*—. Seguimos aun mejor los lineamientos de su pensamiento si mantenemos presente que tuvo que ir más allá de un positivismo al cual el lingüista no deja de pertenecer, y que limita la expresión de su investigación filosófica.

6. El escepticismo epistemológico de Saussure

A la inversa de Freud, Saussure no habría sabido qué hacer con su descubrimiento. Ante todo, le importa mantenerse lo más alejado posible de la metafísica. Pues, para él, sería imposible un saber científico que no fuera *positivo*. La metafísica, con sus pretensiones de un saber no positivo, está descartada. No obstante, Saussure permanece cerca de ésta. El descubrimiento de un orden negativo, del que un saber positivo es incapaz de rendir cuentas, le obliga a avanzar fuera del saber positivo, es decir *fuerza del saber*, a secas. De hecho, el nivel ontológico es inalcanzable como tal, tanto para el conocimiento como para la percepción. La ontología, como rama de la metafísica, o como sector que se sitúa en su periferia, es un *no-saber*. Desde entonces, la lengua, “objeto de la lingüística”, es objetivable sólo mediante un engaño.

[20b] Sin esta ficción [que consiste en acordar “precipitadamente” una existencia a elementos aislados del lenguaje], el espíritu se encontraría literalmente incapaz de controlar tal suma de diferencias, en donde no hay en ningún momento un punto de referencia positivo y firme.

[29b] En realidad la unidad es siempre imaginaria...

En cuanto a conocer la lengua, el escepticismo de Saussure es profundo:

[29i] ¿Tenemos que decir nuestro pensamiento íntimo? Es de temer que la vista exacta de lo que es la lengua nos conduzca a dudar del futuro de la lingüística. Existe desproporción, para esta ciencia, entre la suma de operaciones necesarias para asir racionalmente el objeto, y la importancia del objeto.

El futuro de la lingüística no habría tenido problema, no hay que preocuparse. Del pensamiento saussuriano, los lingüistas retuvieron la exigencia epistemológica, no el escepticismo, y pasaron por encima de la imposibilidad de conocer la lengua. Para Hjelmslev, como lo indicamos, bastó con revertir el juego de las determinaciones: la lengua no determina el habla, es ésta, por el contrario, que es determinada por todo lo que le es ajeno: de tal manera que se convierte en el lugar mismo de la delimitación y de la invariancia. La hipótesis ontológica de Hjelmslev corrobora la que arrojan las reflexiones tomadas de *De l'essence double du langage*, pero le agrega una característica de inmanencia absoluta que nunca está contemplada por Saussure. Más tarde, la epistemología de la lingüística alcanza su punto triunfal cuando empieza a dispersarse hacia otras disciplinas; es la era del estructuralismo. La lengua pasó entonces del lado de las cosas positivas; está descrita como un sistema de unidades netamente delimitadas. El orden complejo de la lengua, a la vez sonoridades y significaciones, el orden doble de sus manifestaciones, a la vez psíquicas y físicas, todo se reduce a disposiciones epistemológicas de las cuales el *Curso de lingüística general* ha indicado, desde un inicio, el nivel de exigencia en el análisis. Durante esta reducción, los valores desaparecieron (pero resurgieron más tarde en la semiótica de Fontanille y Zilberberg).⁴

⁴ La reflexión sobre el valor lingüístico lleva directamente, en estos autores, a la elaboración de la semiótica tensiva. Su reflexión se nutre de la lectura del Hjelmslev de *La categoría de los casos*, en donde el vínculo entre valor y categoría está subrayado. También hace eco a *Différence et répétition* (Diferencia y repetición).

De nada sirve reclamar una traición. Lo que la lingüística y las ciencias humanas deben a Saussure, no tienen por qué restituírselo intacto. Saussure no hizo una obra. Parece incluso haber sido negligente con los manuscritos que dejaba detrás suyo. Los cientos de páginas, muy cuidadosamente escritas, experimentando la hipótesis de un código hipogramático en la poesía latina, los millares de horas dedicadas a la reflexión teórica, una risa sardónica los sopló. Resulta, pues, que hoy nos mostramos sensibles frente a este escepticismo abierto.

De l'essence double du langage no constituye un texto coherente, ni siquiera un borrador; son fragmentos que se adiconan los unos a los otros en busca de la expresión justa, en donde se experimentan los conceptos aun sobre contradicciones entre ellos (al menos en la letra), pero que responden a una única preocupación, reiterada, obsesiva. “Parece que una fatalidad quiera para la lengua que toda nueva verdad cancele a la otra porque las verdades iniciales no son simples” (*ELG*, item, 4). La preocupación por la verdad no puede encontrar su plena realización en una obra de epistemología de la lingüística. Tampoco podría satisfacerse con un tratado de metafísica. Y esto es lo que hay de perturbador y de fuerte en el pensamiento de Saussure: su falta de unidad no es el signo de una renuncia: es, por el contrario, una necesidad que emerge de su caminar. Si no hay

ción), de Gilles Deleuze; comentando a este último, ubican, en una definición recurrente del valor, el “primado de la negación”: “Le terme premier, c'est d'abord *ce qui n'est pas n'importe quoi*, et qui, de ce fait, se détache du ‘n'importe quoi’. La distinction précéderait ainsi de droit la *différence*; ou, en d'autres termes, l'*indépendance* comme *négation* de la *dépendance* précéderait la *différence*.” (Jacques Fontanille & Claude Zilberberg, *Tension et signification*, Lieja, Mardaga, 1998, p. 31).

Traducción libre: “El término primero es en primer lugar lo *que no es cualquier cosa*, y que, por esto mismo, se destaca de lo ‘cualquier cosa’. La distinción precedería así por derecho la *diferencia*; o, en otros términos, la *independencia* como *negación* de la *dependencia* precedería la *diferencia*.” En otros términos, reconocemos aquí la oposición entre el valor como categoría negativa, concurrente en la formación ontológica de la lengua, y el valor como diferencia hecha positiva, que emerge en el análisis fenomenológico y cognitivo de los hechos de la lengua.

una obra saussuriana, entonces no es necesario buscar el motivo en razones psicológicas que se vincularían a una supuesta “grafofobia”. Es por una razón mucho más esencial que no se hizo, que Saussure no podía escribirla. El ser del lenguaje siempre falta.

El orden ontológico permanece impenetrable. No podemos emitir sino hipótesis, apuestas. Es, a partir de características específicas de una cierta apuesta ontológica que la metafísica y la epistemología pueden distinguirse en el pensamiento de Saussure. En efecto, si el lingüista no se hubiera confrontado con una ontología negativa de la lengua, no hubiera habido tanta ocasión de mostrarle *lo que hace*: el positivismo filosófico reinante hubiera bastado para asegurarle que los fenómenos que intenta conocer existen, de manera tal que la realidad del ser coincide con la verdad del saber. De hecho, la lingüística “está colocada en el extremo opuesto de las ciencias que pueden partir del dato de los sentidos” (2c). Su “objeto” falta a la objetividad comúnmente admitida: es negativo y de orden complejo, cuando el conocimiento supone un orden simple de cosas positivas. Así pues, lo que la hipótesis ontológica exige separar, el análisis fenomenológico contribuye a unirlo. En la fenomenología del lenguaje, la ontología de la lengua, parte o excrecencia de la metafísica, y la epistemología lingüística, encuentran de nuevo cómo articularse la una con la otra. Es en función de la percepción y de la cognición practicadas por sujetos hablantes que las formas lingüísticas pueden emergir en las figuras vocales. El análisis lingüístico consiste, desde entonces, en explicar, bajo forma de reglas y de categorías metalingüísticas, las diferencias que la lengua le impone, sin que los sujetos hablantes tengan una conciencia clara de las representaciones perceptivas y cognitivas. Y si subsiste una desproporción, incluso hoy, para la lingüística, ésta se ubica entre la urgencia de la tarea y la dificultad del proceder. Pero en cuanto a la “importancia del objeto”, ninguna duda subsiste; la producción filosófica y literaria continuará desplegando su evidencia.